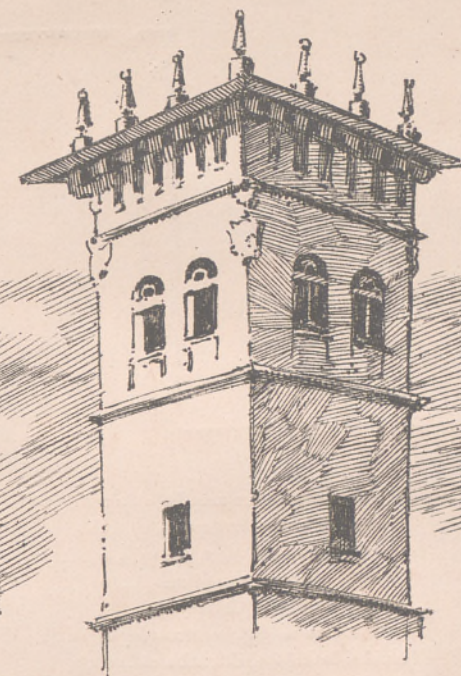




¿Quiere usted algo?



No recuerdo á qué ha dicho que viene á Soria, y eso que tengo á veces buena memoria.



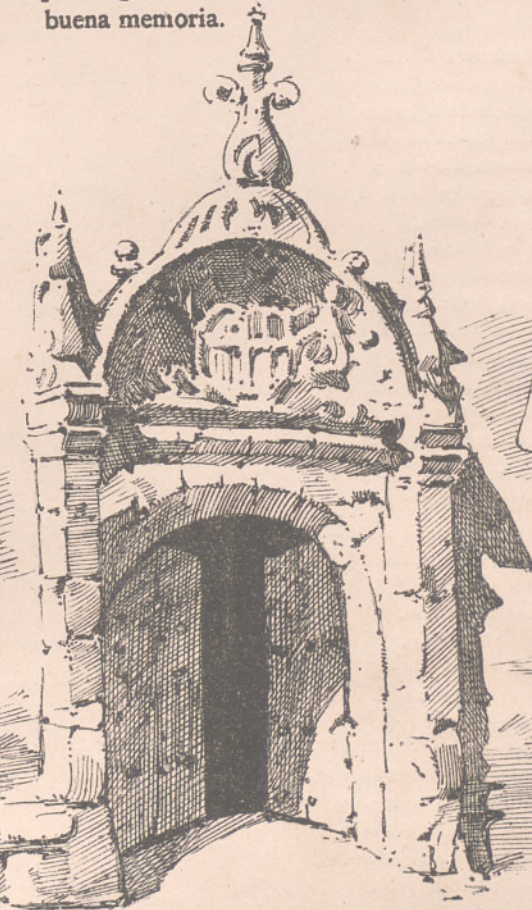
La torre del Carmen.



Esta es la vieja Castilla, que hace los hombres y los gasta.



Un cartero de la montaña.



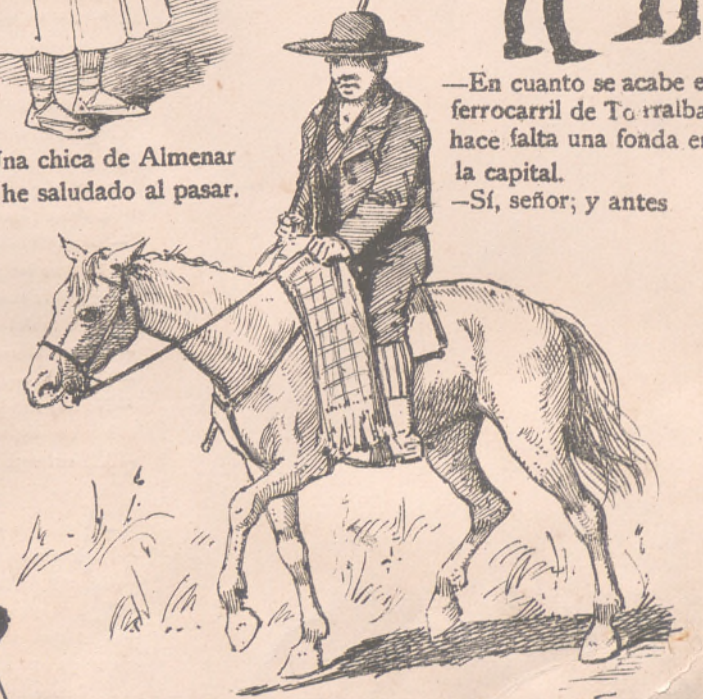
Portada de la casa de los condes de Castejón



Una chica de Almenar que he saludado al pasar.



—En cuanto se acabe el ferrocarril de Tordesillas, hace falta una fonda en la capital.
—Sí, señor; y antes



Cabañero.

Soria



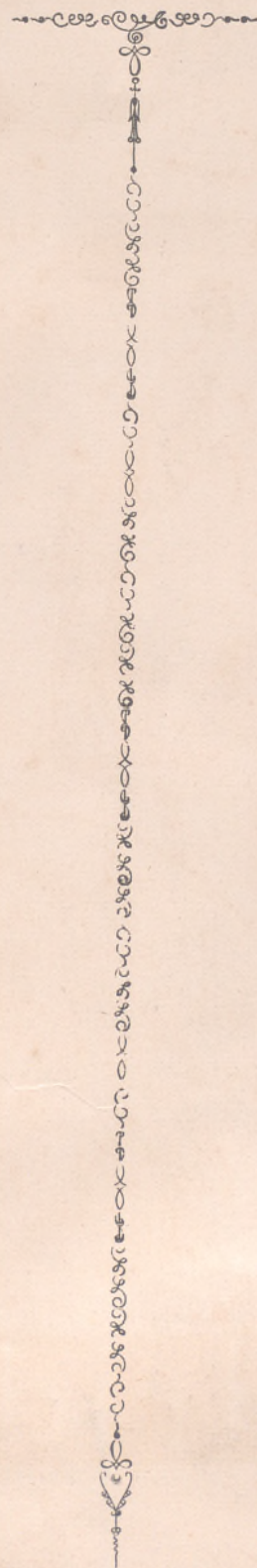
—Si viás que gusto da dir á Almazán en la diligencia!



MG-9045

T. 1834916

XLVIII SORIA



En un carricoche muy bajo de techo tirado por mulas, incómodo, estrecho, que puede á cualquiera quitar la salud, dejando el mullido castísimo lecho salimos un día de Calatayud.

Conservo indelebles recuerdos del viaje, crujían las tablas, chirriaba el herraje, por montes y llanos rodaba el cajón... y ahí van los escasos apuntes que traje después de la breve bendita excursión:

Se sale á las cinco. La hermosa alborada de pálidas tintas y aromas bañada, parece así, al pronto, que incita á gozar; pero ¡ay! que los goces se quedan en nada y á poco el fastidio comienza á abrumar.

El sol, que al principio parece que besa, con rayos de fuego la piel atraviesa, sofoca de un modo que da desazón; la nube de polvo se crece, se espesa, tabica la boca y estuca el pulmón.

¡Llorad por los seres que han ido y venido! En mala postura y el cuerpo molido nos daba la una llegando á Almenar. Compramos un trozo de pan renegrido y un par de chorizos y ¡andando á *almorzar!*

¡Las tres de la tarde! Llegamos á Soria. Supongo que habremos ganado la gloria después de diez horas de horrible vaivén. Un grato recuerdo me trae la memoria porque es parecida la entrada en Jaén.

En una plazuela se para el carruaje.—Abajo señores.—Ahí va el equipaje.—Se forman los grupos, se marcha el zagal. Un guardia se acerca, que yo, por el traje, no sé si es del orden ó municipal.—¿Los nombres de ustedes?—Fulano y Mengano.—¿Y van?...—A la fonda que esté más á mano.—No hay fondas.—¡Canastos! Usted nos dirá si hay casas que presten albergue á un cristiano.—Allí enfrente hay una.—Pues vamos allá.

—¿Podemos quedarnos aquí por un día?—No hay más que una alcoba pequeña vacía.—¿A ver? ¡Ay! no cabe ni medio alfiler.—Aquí es imposible.—¡Si ya lo decía!—¿Qué hacemos entonces? ¿qué vamos á hacer? ¡Ya tengo una idea feliz, salvadora! ¡A Medinaceli dentro de una hora, de nuevo metidos en nuestro cajón!

Pedimos viandas á aquella señora, y... á dar una vuelta por la población. Sesenta minutos nos quedan. Marchemos. ¡Dios mío! ¡qué apuntes, qué cosas haremos! ¡Perdóneme Soria si obramos así, pero ¡ay! está visto que ya no podemos sin graves trastornos quedarnos aquí!

Comprendo de Becquer la extraña manía; comprendo que el goce que el alma extasía en estas campiñas viniera á buscar; leyendas, misterios, amor, poesía, parecen al paso surgir y brotar.

Negruzcas fachadas, pedazos de muros, revueltas callejas, portales oscuros, remotas edades nos traen al magín con brujas y duendes, consejas, conjuros y sombras y diablos y cuentos sin fin.

A más, contribuyen también al efecto las muchas distancias, el largo trayecto que á Soria separan de la humanidad... si en plazo muy breve la vía en proyecto no viene á sacarla de su soledad.

En cambio, radiante de luz y alegría, el pueblo cruzando se extiende la vía que creo que llaman la calle Mayor. Es buena, animada, y allí al mediodía no puede el más guapo sufrir el calor.

Tomamos cerveza por ver el Casino.—¡Caramba, si es bueno!—¡Demontre! es divino.—¡Y nadie lo sabe!—¡Qué lástima!—Sí.

Después emprendimos de nuevo el camino sintiendo en el alma marcharnos de allí.

Al fin de la calle que arriba he descrito, llenando de aromas extenso circuito cuajado de lirios, está el *Espolón*, paseo elegante, precioso, bonito que acaso merece mejor descripción...

¡Jesús! Diez minutos nos faltan escasos. A escape á la *fonda* dirijo mis pasos. Nos dan la merienda. (La cuenta es brutal: cualquiera aprovecha también estos casos). Arrancan las mulas y grita el zagal.

Y aquí cierro el álbum echándole el broche. (¡Qué mal me ha salido!) Dejamos el coche y á la madrugada tomamos el tren. ¡Qué viaje, Dios mío! ¡Qué día! ¡Qué noche! Adiós, y que ustedes descansen también.

SINESIO DELGADO

52